

# De los *Viajes* de Sarmiento a la recepción “prototercermundista” de la Guerra del Rif: tres momentos en las conexiones culturales entre América Latina y el Norte de África

Martín Bergel

## I

El *global turn* de la historiografía contemporánea y las discusiones hoy en boga sobre circulaciones y transferencias culturales nos impulsan a exhumar del pasado conexiones insospechadas entre regiones distantes del mundo. Cuando hace un cuarto de siglo se instaló en las humanidades el debate sobre la globalización, promovido sobre todo desde la sociología, la antropología o la filosofía política, dominaba la creencia en que el paisaje de fines de siglo xx ofrecía el cuadro de una época radicalmente nueva. El advenimiento de la era digital, la hegemonía de un capitalismo inmaterial con base en la movilidad incesante de las finanzas, y la crisis del Estado-nación, eran leídos como signos que anunciaban que el ciclo de la modernidad se hallaba en declive, y que se abría entonces un marco de efectiva e inédita mundialización. Hoy, en cambio, el auge de la *global history* nos señala casi como imperativo la búsqueda de un tejido de relaciones transcontinentales en pasados incluso remotos. El propio término “global”, en líneas generales, dejó de designar nuestra contemporaneidad más inmediata, para expandirse como una perspectiva que permite iluminar y dar marco a la interrogación de un horizonte pasado rico en contactos económicos, políticos y culturales.

Sin duda, esa dilatación del campo histórico de visibilidad promovido por la historia global y otros estímulos lindantes es auspiciosa, puesto que ayuda a relevar episodios y tramas desconocidos o poco frecuentados. Un efecto saludable de esa tendencia es que desafía ya no solamente a las distintas versiones de nacionalismo metodológico (una perspectiva crítica sobre la que nunca será ocioso insistir), sino también a las que naturalizan otros marcos espaciales —por ejemplo, los regionales y continentales, que en nuestro caso a menudo se expresan en una suerte de “latinoamericanismo

metodológico”. Con todo, esa expansión hacia el pasado debe ser problematizada para evitar otorgar entidad similar a cualquiera de esos vínculos transcontinentales sin el beneficio de ponderaciones ajustadas a su peso histórico específico. Si nos limitamos a advertir que todo o casi todo el pasado humano ha sido global en cuanto al alcance de los contactos transculturales, no podremos distinguir aquellos momentos de aceleración de la mundialización, o los casos particularmente significativos de transferencias o circulación de personas, bienes o ideas.

En este ensayo quiero detenerme en tres situaciones históricas en las cuales América Latina estableció vínculos singularmente densos con la región norafricana. Tres momentos en que, por razones que pretendo desarrollar, la reflexión sobre el Norte de África (como parte de las figuraciones sobre el “Oriente”)<sup>1</sup>, o la tramitación de algunos de los estímulos provenientes de allí, resultaron altamente significativos para la cultura y la política latinoamericanas. Parto, en primer lugar, de las referencias orientalistas en Sarmiento y del lugar de su visita a Argelia dentro de su libro *Viajes*. Los orígenes y funciones de esas referencias en la economía textual sarmientina, de Ricardo Piglia (1980) y Carlos Altamirano (1997) a Axel Gasquet (2007) y Cristina Civantos (2013), han sido suficientemente establecidos. Sin embargo, en un libro especialmente dedicado a explorar las relaciones entre el Norte de África y la cultura hispanoamericana no es posible ni deseable prescindir de la figura de Sarmiento, no solamente por el caudal estético y los sentidos ideológicos de sus alusiones, sino porque ellas condensan ejemplarmente los códigos culturales de las elites letradas progresistas decimonónicas en América Latina, así como el lugar que ocupan dentro de esos códigos las representaciones orientalistas<sup>2</sup>. Los otros dos momentos en los que quiero detenerme han sido menos visitados por la crítica histórica, al menos desde los puntos de vista desde los que aquí los enfoco. Por un lado, me interesa posarme en las décadas finales del siglo XIX para considerar las funciones de

- 
- 1 Como ha quedado en evidencia a la luz de la expansión reciente del campo de estudios sobre el orientalismo latinoamericano, un conjunto vasto de países y regiones africanas y asiáticas eran aludidos genéricamente en América Latina bajo la noción de “Oriente”, de modo análogo a lo que ocurría en Europa y en los Estados Unidos. Ello no impidió que el área norafricana fuera comúnmente asociada a fenómenos singulares vinculados a imaginarios sobre el mundo árabe; pero, aun así, esos acentos particulares a menudo eran reenviados al archivo de tópicos generales del discurso orientalista.
  - 2 Sobre la figura de Sarmiento como condensadora del orientalismo de las elites intelectuales latinoamericanas del siglo XIX, véase Martín Bergel 2015, capítulo 1.

las noticias sobre el “Oriente” —entre las que se contaban las provenientes de Egipto y de los países del Magreb que aquí reciben atención— en la modernización de la prensa periódica que en esos momentos estaba teniendo lugar en América Latina. Mi hipótesis es que esas noticias cumplen un rol de peso en la emergencia de una prensa moderna, en la medida en que son las novedades internacionales, y en particular las que provienen de regiones distantes, las que están detrás del nuevo lugar que la noticia ocupa en los diarios de fines de siglo. Me interesa en ese sentido señalar cómo entonces se asiste a la emergencia en las capitales latinoamericanas de lo que llamo una nueva opinión pública sobre temas globales, y cómo sucesos como la guerra anglo-bóer, en Sudáfrica, o las tensiones en torno al estatuto de Marruecos, ya en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial, abonan esa opinión pública que involucra cada vez mayores porciones de lectores (comp. Bergel 2017). Adicionalmente, quiero detenerme en cómo la crónica modernista, que halla en esa prensa sus condiciones de posibilidad, juega un papel en esa conformación de una opinión pública sobre temas globales. Finalmente, me voy a estacionar en los años veinte del siglo xx, en la inmediata primera posguerra, para señalar que a través de fenómenos como la extendida simpatía que cosecha la resistencia liderada por Abd-el-Krim en Marruecos en la opinión pública y en amplias franjas de intelectuales del continente, se advierte la emergencia de los primeros trazos de una sensibilidad que anticipa al tercermundismo de la segunda posguerra. Aún más quiero referirme a la lectura que hacen algunas figuras significativas de ese momento latinoamericano —como el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre—, pues procuraré mostrar cómo el constructo ideológico-político de lo nacional-popular latinoamericano debe mucho a la recepción de ciclos como el de Abd-el-Krim (o luego, casi de inmediato, el del Kuo-Min-Tang chino). En mi lectura, algunas de las primeras formulaciones conceptuales y políticas de la tradición nacional-popular o populista latinoamericana se modulan en estrecho contacto con un fenómeno de origen y resonancias globales, el que se expresa y tematiza en el llamado “despertar de Oriente” que tiene a la revuelta del Rif como una de sus principales manifestaciones. En definitiva, en el recorrido por estos tres momentos en que se entablan relaciones intensas con aspectos del Norte de África, me interesa mostrar la parábola histórica por la cual Argelia o Marruecos pasan de ser contramodelos civilizatorios para las elites latinoamericanas y se convierten en espacios que contribuyen a definir e inspirar rasgos relevantes de la cultura política del continente.

## II

Como es bien conocido, en su seminal libro *Facundo* Sarmiento utiliza repetidamente analogías orientalistas para graficar los rasgos de la configuración sociocultural que anida en la Pampa, con la que debía enfrentarse en su desmesurado afán por construir una nación moderna en el Río de la Plata. Si, como advirtió Ricardo Piglia, para Sarmiento la operación clave en toda empresa de conocimiento es la comparación, la constante remisión de los elementos del hábitat pampeano al universo de nociones dispuesto por el archivo orientalista europeo tenía por fin ofrecer imágenes que, por familiares, sirvieran para echar luz sobre realidades que permanecían oscuras, en una tarea de elucidación que se le aparecía como punto de partida indispensable para el desarrollo de su proyecto modernizador. Persiguiendo ese mismo horizonte de búsqueda de modelos y referencias culturales, Sarmiento emprende a continuación la travesía que dará origen a su libro *Viajes*. Es en el curso de ese periplo que visita Argelia, constituyéndose en uno de los primeros letrados latinoamericanos que ofrece un registro de primera mano de zonas del mundo extra-europeo y extra-americano. Se trataba de un hecho nada azaroso. El ingreso al África por Argel, anota Sarmiento en su libro, “desde Chile formaba parte muy notable de mi programa de viaje” ([1849-1851] 1996: 172). ¿Qué lo atraía de ese destino tan fuertemente? Argelia, recordémoslo, acababa de ser conquistada por Francia, y constituía en ese momento la avanzada de la penetración europea en el Norte de África. Lo que parece orientar entonces tan definidamente la curiosidad de Sarmiento eran los avatares de un proyecto de colonización en curso, que indudablemente colocaba en espejo a los combates americanos entre la civilización y la barbarie. El viajero podía vislumbrar ya los beneficios de ese proceso, que le permitían regocijadamente augurar que “al paso que van las cosas, dentro de poco podrá sin impropiedad llamarse a este país la Francia africana” (*ibid.*: 173).

Se ha señalado acertadamente que también en sus estampas norafricanas la mirada sarmientina contiene pliegues, y que hay tramos del relato en los que la asociación del Oriente a un polo negativo queda suspendida. Como sucede con el gaucho pampeano, también en sus descripciones de la vida de las tribus argelinas hay momentos de empatía. Cristina Civantos (2013) ha querido ver allí inclusive una fuerte identificación de Sarmiento con rasgos de la cultura árabe. Su relación con ese universo estaría atravesada por una radical ambivalencia, entre su asociación al polo de la barbarie y esos

momentos de identidad. Con todo, creo que esas lecturas estilizan y exageran esos destellos de empatía. Es verdad que hay un rescate de Sarmiento de habilidades de las tribus árabes que juzga incluso superiores a las que detecta en su famosa descripción del gaucho rastreador. Es cierto también que ofrece un relato alucinado y pleno de gozo de su andar a caballo en la planicie argelina, que según advierte le ha hecho despertar “los instintos gauchos que duermen en nosotros” (Sarmiento [1849-1851] 1996: 188). Pero esos instantes son seguidos indefectiblemente por juicios terminantes que no ofrecen duda acerca de su tabla de valores. Su fascinante descripción de la *diffa*, el banquete de agasajo que le brinda la tribu que visita, muestra el radical extrañamiento y la aprensión que experimenta ante las costumbres locales. Y a diferencia de lo que ocurrirá ochenta años después con la extendida simpatía que despierta en la opinión pública latinoamericana el líder marroquí Abd-el-Krim, Sarmiento no muestra nada similar por Abd-el-Kader, el comandante de la resistencia argelina. Por el contrario, en esa figura, y en el fanatismo religioso que observa en sus seguidores, encuentra los elementos que configuran la función principal que Carlos Altamirano (1997) ha detectado en las figuraciones orientalistas sarmientinas: la de ilustrar el fenómeno del despotismo, noción clave a la hora de enfocar el problema del caudillismo americano que, corporizado en los nombres de Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas, emerge como obstáculo principal en el Río de la Plata para el avance de la civilización.

Podemos concluir entonces que si una ambivalencia recorre las descripciones que hace Sarmiento ya de los gauchos americanos, ya de las tribus árabes —esos objetos de reflexión tantas veces intercambiables—, es la del tipo de relación que la marcha del progreso debe entablar con ellos. Por momentos, Sarmiento se inclina por una opción de integración de esos sujetos subalternos. Su énfasis en la democratización de la educación se vincula con esa vía. En otros, no trepida en declarar la guerra sin cuartel a las poblaciones que asocia a la barbarie.

De lo que no cabe duda es de la función privilegiada que para Sarmiento tiene el Oriente en su estrategia narrativa, que es también política. “Muchos datos preciosos —escribe en *Viajes*— he atesorado en África sobre colonización, lo que reservo para un trabajo especial” (Sarmiento [1849-1851] 1996: 186). En sus observaciones sobre ese libro Juan Goytisolo (1999) exculpa a Sarmiento por su justificación de la empresa colonial. El autor de *Facundo* no podía sino expresar las jerarquías civilizatorias que configuraban el horizonte de su tiempo. Lo singular en su caso radica en cambio,

dentro de ese esquema jerárquico, en la sensibilidad cuasi etnográfica con la que recoge y traduce al lenguaje de la civilización ciertas voces provenientes del campo de la barbarie —un rasgo señalado con anterioridad por Julio Ramos (1989, cap. 1). Y también, en la determinación con la que asume como empresa personal la aventura intelectual de hacer avanzar las luces del progreso aún en lugares que juzga escasamente hospitalarios para con ellas. Pensada en esa clave, y en función de sus inscripciones y derivas posteriores, la breve travesía norafricana de Sarmiento adquiere un profundo espesor.

### III

Desplacémonos ahora a las décadas finales del siglo XIX. Quiero reparar en un segundo momento significativo, de distinto tenor, en los vínculos que se establecen entre América Latina y el Oriente, en general, y el Norte de África, en particular. Como adelantaba al comienzo de este texto, las noticias sobre regiones distantes del mundo juegan un papel importante en el proceso de modernización de la prensa en América Latina, un papel que no ha sido suficientemente explorado. Solo recientemente una nueva historia cultural de la prensa se ha interesado por las transformaciones que trajeron aparejadas la invención del telégrafo y el subsiguiente desarrollo de agencias de noticias internacionales<sup>3</sup>. Este hecho representó la emergencia efectiva de una opinión pública urbana sobre temas globales que se dio progresivamente en todas las ciudades importantes del mundo. Por supuesto, no es que con anterioridad al telégrafo las informaciones de distintas latitudes hayan carecido de peso. Pero en las décadas finales del siglo XIX los modos de circulación y consumo de esas noticias experimentan una serie de cambios cualitativos<sup>4</sup>. En primer lugar, hay un cambio radical en el tiempo: si hasta allí el viaje de las noticias tenía una duración coincidente con la velocidad de los medios de transporte humanos (que insumían semanas y hasta meses en el traslado de la llamada prensa de vapor de un lugar distante a otro), desde el telégrafo adviene una nueva experiencia de la instantaneidad informativa, que en los periódicos se manifiesta en la posibilidad de estar al

---

3 Véanse los trabajos de Lila Caimari (2015 y 2016, resultados parciales de una notable investigación en curso).

4 Sigo aquí la argumentación que desarrollé en “Modernización de la prensa y nuevas imágenes del ‘Oriente’” (Bergel 2017).

corriente de hechos ocurridos apenas unas horas antes. En segundo lugar, esa misma fluidez con la que circulan ahora las noticias conlleva una dilatación del espacio: si en América Latina el flujo de novedades internacionales provenía hasta entonces sobre todo de Europa (y solo más salpicadamente de otras regiones), la era de las agencias y los cables informativos permite la llegada constante de noticias de todos los continentes. En tercer lugar, la institucionalización de espacios fijos en la prensa dedicados a los cables o telegramas internacionales permite una presencia constante, y ya no discontinua, de ese tipo de novedades. La propia racionalidad organizativa de los periódicos muda, y la sección de telegramas debe ser completada edición tras edición sin perjuicio de la importancia de los acontecimientos. Finalmente, todo ese proceso es coincidente con la radical ampliación del público lector de periódicos que en América Latina (y, con mayor o menos velocidad, en todo el mundo) se vivencia a fines de siglo XIX e inicios del siglo XX. Esa profundización del campo de lectura conlleva a que novedades de regiones distantes sean consumidas por públicos cada vez más amplios. A todo ello se suma la presencia primero de distintas técnicas de ilustración y luego de la aparición de la fotografía periodística. En suma, sin entender ese proceso paulatino de conformación de una opinión pública sobre asuntos globales, un proceso sobredeterminado por cambios técnicos y socioculturales, en última instancia no se entiende el impacto efectivamente global que tendrán acontecimientos como la Primera Guerra Mundial.

Ahora bien, me interesa llamar la atención sobre el hecho de que ese proceso fue una de las principales instancias propulsoras de un pasaje significativo que tiene lugar en la prensa periódica latinoamericana: el pasaje de una prensa político-facciosa, a otra constituida a partir del insumo fundamental de los periódicos modernos: la noticia. Como se sabe, un importante sistema de prensa floreció en las capitales de los países latinoamericanos en formación durante el siglo XIX. Esa prensa en general estaba impulsada por motivos inmediatamente políticos, vinculados al apuntalamiento de un caudillo o facción. Es sólo en los años previos al cambio de siglo que, al calor de la ampliación y diversificación de los campos de lectura, comienza a evidenciarse, con algunas décadas de retraso en relación con lo que ocurría en Europa o Estados Unidos, la paulatina transformación que culmina en el tipo de periódicos que hoy nos resultan familiares. Esto es —para decirlo brevemente porque el fenómeno es de sobra conocido—, la aparición de diarios impulsados por una lógica comercial, sostenidos por la publicidad y la venta de decenas de miles de ejemplares, y con una diversidad

de secciones orientadas a capturar el favor de segmentos diferenciados de público. Los historiadores de la cultura impresa latinoamericana han insistido en este pasaje, que va de una configuración que Elías Palti (2003), en su estudio de los periódicos mexicanos del tercer cuarto del siglo XIX en México, llamó modelo de prensa proselitista, a diarios que, como *La Nación* de Buenos Aires, *El Mercurio* de Santiago de Chile o *El Comercio de Lima*, abandonaron progresivamente su naturaleza político-facciosa para aproximarse al tipo provisto por la prensa moderna norteamericana. Por supuesto, sabemos también que ese pasaje no fue unilineal ni completo. Así, en un estudio reciente Víctor Goldgel (2013) nos ha mostrado cómo en los diarios facciosos de mediados del siglo XIX de La Habana o Buenos Aires se tramitaban también aspectos vinculados a la diversificación del consumo y a la emergencia de un incipiente sistema de la moda. Mientras que no hace falta insistir en que los periódicos del siglo XX y comienzos del siglo XXI están lejos de ser prescindentes en materia política, y a menudo brindan decidido apoyo a algún partido o líder.

Si la descripción que acabo de hacer es suficientemente conocida, hay mecanismos que obraron en ese proceso paulatino y contradictorio de modernización de la prensa que no han sido igualmente ponderados. Por lo general, esa transformación ha sido enfocada en atención al vínculo entre empresas periodísticas, complejización y diversificación de los discursos de la prensa, y aumento vertiginoso de la tasa de alfabetismo y por extensión del público potencialmente lector. En cambio, ha sido menos considerada desde lógicas estrictamente periodísticas, entendiendo por ellas las que tienen a la actividad de informar por centro de gravedad. Mi conjetura al respecto es que, si la modernización de la prensa puede ser descrita como el proceso por el cual la noticia se instala, las novedades provenientes de la arena internacional que en el último tercio del siglo XIX comienzan a circular de manera acelerada gracias al telégrafo y las agencias informativas tienen mucho que ver en ese triunfo. Dicho en otras palabras, que el triunfo de la noticia es ante todo el triunfo de la noticia global.

Ciertamente, la que acabo de deslizar es una hipótesis gruesa que necesita de mayor cobertura documental de la que dispongo. Otros estudiosos han señalado elementos que apuntan en otras direcciones. Peter Fritzsche, por ejemplo, en su libro *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna* ([1996] 2008), sostiene que el crecimiento del entramado de prensa berlinés estuvo fuertemente vinculado al suministro de noticias urbanas locales, vinculadas al mundo del trabajo y luego también al del ocio. Pero varios indicios

respaldan la presunción antes mencionada. El polígrafo argentino Ernesto Quesada, por ejemplo, que en la década de 1880 escribió una serie de trabajos sobre la evolución de la prensa en el Río de la Plata, notaba que la sección de los telegramas —es decir, de los cables informativos con noticias del exterior— era de las que más atraía la atención de los lectores (Quesada [1882] 1893). Algunos sucesos de la arena internacional despertaron gran atención. El atentado anarquista contra el rey italiano Humberto I, en el año 1900, disparó las ventas de muchos órganos de prensa del continente. El magazine de variedades *Caras y Caretas* de Buenos Aires, por caso, batió todos sus récords de ventas al anunciar el hecho (Prieto 1988: 40-41). No fue casual que por regla general los periódicos latinoamericanos, siguiendo una tendencia mundial, incluyeran abundantes secciones de telegramas del exterior, convenientemente tituladas en grandes portadas. Muchos de esos diarios incluso se abrían con esas secciones, que ocupaban las primeras páginas.

Si ello fue así, es decir, si en efecto el afianzamiento del suministro cotidiano de noticias de todo el mundo tuvo que ver con las transformaciones que experimentaba la prensa periódica en las décadas finales del siglo XIX, y por extensión con los vínculos establecidos entre los diarios y sus lectores, me interesa subrayar que las informaciones provenientes del “Oriente” tuvieron un papel preponderante en ese proceso. Ello no debiera sorprendernos, en la medida en que uno de los principales estímulos para el desarrollo de la red telegráfica fue el avance de las potencias imperialistas en Asia y en África. Así, fue común que las secciones de telegramas del exterior estuvieran pobladas de noticias de esos continentes, sobre todo de las crecientes fricciones, negociaciones diplomáticas y episodios de combate entre las avanzadas imperiales y las poblaciones locales. Los diarios latinoamericanos publicaron generosamente las novedades del proceso multiforme de expansión de las potencias europeas en territorios de ultramar. Algunos eventos recibieron atención constante y cotidiana durante semanas y hasta meses, ofreciendo partículas informativas agrupadas siempre bajo títulos que se repetían y que eran fácilmente identificables por los lectores (por ejemplo, “Las potencias en Extremo Oriente”, o “La guerra anglo-bóer”). En ese marco, los países norafricanos fueron objeto continuo de atención, en la medida en que eran parte del elenco habitual que participaba del espectáculo de reparto imperial del mundo, seguido atentamente por una opinión pública crecientemente globalizada. En suma, lo que me interesa destacar es que los sucesos de avanzada imperialista, pero también de embrionaria protesta anticolonial, formaron parte del proceso de transformación de la

economía noticiosa de la prensa latinoamericana, y fueron parte del menú corriente que informó al nuevo lector de periódicos de las capitales del continente.

Llegados a este punto, debe quedar claro que mi foco son los cambios que se operaban en los sistemas de prensa y de opinión pública de América Latina, pero es evidente que estoy señalando rasgos que, con diferentes ritmos, se dieron en todo el mundo. Lo que en cambio es particular de América Latina son algunos efectos que se derivan de ese proceso. La época de afianzamiento mundial de una opinión pública sobre temas globales es coincidente con la gran conversación sobre el derecho de las grandes potencias a colocar bajo su tutela a los países asiáticos y africanos. Entre la Conferencia de Berlín de 1885, que signa el reparto del África, y el fin de la Primera Guerra Mundial (con la conferencia de Versalles como gran teatro de diseño del mundo de posguerra), se asiste a un debate global sobre las jerarquías entre países y sobre el llamado *standard de civilización* de cada sociedad. En ese curso, la ideología de la misión civilizatoria, que como sabemos oficiaba de justificación general para las aventuras imperiales, experimenta un proceso de creciente cuestionamiento<sup>5</sup>. Las discusiones que tienen lugar en el Congreso de la II Internacional de Stuttgart, en 1907, ofrecen un vibrante ejemplo del agrietamiento de esa ideología. Es allí cuando surgen los primeros cuestionamientos socialistas serios a la política colonial europea. Apenas diez años después, el principio de autodeterminación nacional wilsoniano-leninista recibía atención mundial en Versalles, contribuyendo a disparar poderosos movimientos de agitación nacionalista y anticolonial en países asiáticos y africanos (según mostró Erez Manela (2007) en su libro *The Wilsonian Moment*).

Lo interesante es que en América Latina ese proceso de cuestionamiento de la matriz colonial tuvo sus primeros atisbos incluso antes que en Europa, en parte acicateado por el fenómeno que el historiador de las ideas Oscar Terán (1986) llamó “primer antiimperialismo latinoamericano”, y que se configura a partir de la guerra hispano-norteamericana de 1898. Y aunque se trata de un fenómeno viabilizado a través de diversos agentes y canales, nuevamente es la prensa el espacio principal en que este tiene tramitación. En efecto, en el curso de la constante aparición en los diarios de las noticias sobre los conflictos que se generan en los bordes de la avanzada imperial, es donde inadvertidamente se produce un cambio en los lenguajes con que

---

5 Entre otros trabajos, véase Michael Adas (2004).

esos hechos eran presentados. Si en la época de Sarmiento los combates de los argelinos liderados por Abd-el-Kader contra los apetitos coloniales franceses no habían merecido muestras de simpatía, ahora las antiguas rebeliones de poblaciones asiáticas o africanas podían comenzar a ser descriptas en términos de “resistencia nacional”. Se trató de un proceso de paulatina filtración de un imaginario alternativo de empatía con esos fenómenos de insubordinación, pero que tuvo lugar de modo ambivalente. Al menos hasta el inicio de la Guerra de 1914 la autoridad colonial de Francia o Inglaterra pocas veces fue desafiada frontalmente; pero al mismo tiempo, se creaban las condiciones para una apreciación distinta de las manifestaciones de disidencia a la avanzada imperial. En definitiva, esa presencia continua del hecho colonial en la prensa, que sintonizaba con la emergencia de una primera sensibilidad antiimperialista latinoamericana, preparó el terreno para pensar por primera vez una posible solidaridad entre América Latina y el Oriente.

Ese fenómeno pudo además manifestarse a través de una pluralidad de instancias y discursos concurrentes. Como sabemos, la modernización de la prensa fue ocasión también para la emergencia en América Latina de una escena literaria crecientemente autonomizada. En un contexto de búsqueda de captación de nuevos segmentos de lectores, los diarios latinoamericanos se apresuraron a procurar versiones reelaboradas del caudal de noticias cotidianas, tarea encomendada a una pléyade de periodistas-escritores; estos, a su vez, hallaron en la prensa tanto un medio de sustento económico como un espacio para la proyección pública de sus figuras de autor. Son esas las coordenadas, también suficientemente conocidas, de emergencia del modernismo literario y del formato a través del cual los escritores enrolados en su seno desarrollaron su intervención en los diarios, la crónica. Lo que en todo caso ha sido menos visitado por la crítica son las conexiones internas que en el espacio de la prensa comunican la profusión de noticias internacionales con las vicisitudes de la crónica modernista.

En un notable capítulo de su ya clásico libro *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Julio Ramos desandaba los nexos que vinculaban rasgos salientes de la modernización de la prensa con la constelación literaria modernista (Ramos 1989, cap. 4). También para Ramos la era del telégrafo impulsa cambios decisivos en la economía de los lenguajes de los periódicos, entre ellos, el de la literatura. De un lado, los escritores modernistas se posicionan críticamente frente al imperio de la noticia. El lenguaje cortado de los cables se les aparece carente de todo atractivo estético,

antitético por ende al de la literatura. Pero de otro lado, tanto los periódicos para los que trabajan como los públicos para los que escriben demandan a los escritores la incorporación de temas de actualidad. Contratados como corresponsales o cronistas, los escritores modernistas no pueden prescindir del caudal de noticias que trae consigo la prensa. De allí, señala Ramos, que la crónica modernista se presente recurrentemente como un ejercicio de reescritura o de sobreescritura de los cables informativos que traían consigo los periódicos.

En ese marco, tanto en sus corresponsalías desde el exterior como en las crónicas que escriben haciéndose eco de los hechos de actualidad, los escritores modernistas aluden constantemente a sucesos de la política internacional. Por esa vía, amplifican la discusión relativa a las relaciones de identidad o de diferencia con el Oriente y, a menudo, desquician las jerarquías civilizatorias heredadas del clivaje entre civilización y barbarie de la época de Sarmiento. Señalo algunos ejemplos. Tempranamente, en 1881, José Martí escribe en sus crónicas para el diario venezolano *La Opinión Nacional* una defensa de la autonomía de Egipto, pronto a caer en manos inglesas:

El problema es vital y es severo: para Egipto, airoso y rebelde como sus corceles, problema de vida [...]. Así queda el problema: el ancla británica quiere clavarse en los ijares del caballo egipcio. El Corán va a librar batalla al Libro Mayor. El espíritu de comercio intenta ahogar el espíritu de independencia. El hijo generoso del desierto muerde el látigo y quiebra la mano del hijo egoísta del Viejo Continente (citado en Azourgah 1998: 17).

Martí utiliza así el tópico de la independencia para referirse a las rebeliones que todavía su época llamaba simplemente alzamientos o reyertas. Sin dudas ese temprano tinte anticolonialista se vincula a su propia inscripción espacial y a su espacio de experiencia en Cuba, cuya situación geopolítica favorecía posicionamientos ideológicos de esa tesitura. Pero dos décadas más tarde escritores modernistas localizados en otras ciudades del continente desplegarán argumentos similares. Amado Nervo, por caso, escribirá desde Madrid una crónica titulada “La Conferencia de Algeciras” (el congreso de 1906 para zanjar la crisis diplomática entre Francia y Alemania por Marruecos), en la que aludía a la “fiebre del kilómetro cuadrado” que se había apoderado de las grandes potencias (Nervo 1986: 240). Y en el diario argentino *La Nación*, el escritor argentino Emilio Becher publicaba con el mismo título una crónica basada en las informaciones de esa conferencia que traía diariamente la prensa. Escribía Becher:

Convocada a orillas del Mediterráneo por proyecto del Kaiser, la conferencia ofrece a la contemplación desdeñosa de los marroquíes el espectáculo de las disensiones europeas. Tan antagónicos se presentan los intereses de Francia y Alemania que por momentos se ha temido una declaratoria de guerra. [...] Mientras los delegados polemizan sobre el régimen de las aduanas, nosotros asistimos a la última derrota de la raza árabe. [...] Su fantasía, deslumbrada por el espectáculo de las maravillas entrevistadas en sus viajes pacíficos o guerreros, se dilató en el sueño resplandeciente de Las Mil y Una Noches. Su grave meditación descubrió el misterio de las ciencias ocultas, la noble álgebra, la alquimia paciente, la astronomía. Una civilización magnífica creció en sus escuelas, ayudada por la armónica labor de sus agricultores, de sus comerciantes, de sus soldados y de sus marinos. [...] Pero los signos inalterables de su raza no se han borrado todavía después de mil años de historia. Y nos subleva como un sacrilegio la tentativa, aprobada por las cancillerías, de violar el venerable desierto que todavía recorren (Becher 1938: 148-152).

En la crónica de Becher de *La Nación* hay también una postura anticolonial, que parte de las noticias de actualidad, por contraste a la desabrida *Realpolitik* de la diplomacia europea, para deslizarse hacia la zona de fascinación que la literatura modernista hallaba en la imaginería árabe (en la cita, aludida a través de la referencia a *Las mil y una noches*). Becher no duda en presentar a Marruecos como parte de una “civilización magnífica”, cuyos desiertos ya no son hogar de la barbarie sino un hábitat que se le antoja “venerable”. En suma, también la crónica modernista se respalda en el nuevo lugar adquirido por la noticia, un sitio que ha sido conquistado en parte a través de las informaciones sobre el Oriente.

#### IV

Situémonos por último en el tercer momento del recorrido que he querido presentar en esta ocasión. Si hemos dicho que la modernización de la prensa —que incluye como parte de su ampliación y diversificación de registros a la crónica modernista— es escenario para la erosión del relato que participaba de la creencia en el rol civilizador de las potencias europeas en el Norte de África, la desestabilización de esa narrativa sobrevendría solo tras la Primera Guerra Mundial. Es allí cuando en América Latina, en consonancia a lo que ocurre en otras partes del mundo, emerge vigorosamente un discurso que anuncia el “despertar del Oriente”, un motivo que se cifra

en la ola de movimientos anticoloniales que se desata apenas terminada la Gran Guerra.

Lo que importa subrayar es que si en el período anterior, en un proceso complejo y multiforme que aquí apenas hemos visitado a través de algunos de sus aspectos, surgen en América Latina los primeros esbozos que invierten las valoraciones negativas comúnmente asignadas al Oriente durante el siglo XIX, tras la guerra las visiones positivas se consolidan y proliferan en amplias zonas de la opinión pública del continente. Nuevamente será la prensa el principal canal de diseminación de ese imaginario. Un imaginario en el que emerge la noción de que América Latina y realidades africanas y asiáticas son objeto de situaciones semejantes en relación con el fenómeno imperialista, ampliamente aludido en el período. Y como efecto de esa relación de equivalencia entre situaciones geopolíticas de esos tres continentes, que se enuncia a menudo a través de un listado de casos análogos (Nicaragua, Marruecos, China, etc.), surge un discurso prototercermundista que imaginará por primera vez la potencial convergencia entre esas tres macroregiones (Bergel 2015)<sup>6</sup>.

En ese contexto, uno de los principales referentes aludidos una y otra vez dentro de esa perspectiva es el de la República del Rif, proclamada en 1921 en el norte de Marruecos luego de resonantes derrotas infligidas a España. Ese experimento, comandado por el líder Abd-el-Krim, tendrá a maltraer también a Francia durante un par de años, hasta que es vencido a mediados de la década. En ese lapso, la presencia de la llamada Guerra del Rif en la prensa de todo el continente es constante, y también son continuas las muestras de simpatía que se les tributa a las fuerzas marroquíes.

La cuestión del Rif y del derecho a la autodeterminación nacional de Marruecos será abordado también por numerosos intelectuales. El argentino José Ingenieros, por caso, será decidido partidario de Abd-el-Krim. En 1925, Miguel Ángel Asturias retrata a Ingenieros en un texto periodístico y le cita diciendo “La revolución francesa, la americana y la rusa significan lo mismo que la rifeña. Todo latinoamericano que no sea partidario de Abd-el-Krim me parece contagiado e inoculado de imperialismo”. Y luego agrega: “La posición de Abd-el-Krim frente a Europa es la misma que la de los países de América frente a Estados Unidos” (Ingenieros, citado en Asturias 1925). En esta frase, proclamada por uno de los intelectuales de

---

6 En un sentido convergente, véase el excelente libro de Michael Goebel, *Anti-Imperial Metrópolis. Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism* (2015).

mayor renombre continental, se observa la relación de equivalencia antes mencionada. Tanto Marruecos como América Latina están en una posición análoga frente al imperialismo. Esta perspectiva llevaba implícita la idea de que un “nosotros” inclusivo podía emerger para abarcar y nombrar ambos términos de la relación. Ese nombre común, como es sabido, surgirá después de la Segunda Guerra bajo la figura del Tercer Mundo.

La fama de Abd-el-Krim y de la República del Rif a menudo fue la llave de entrada para una consideración positiva general sobre otros casos del Oriente. Por ejemplo, las revueltas que tenían lugar en Egipto. Pero, además, a Abd-el-Krim se debe una de las piezas más resonantes de esa configuración prototercermundista: la carta que envía bajo el título de “Mensaje de Abd-el-Krim a los pueblos latinoamericanos en el centenario de Ayacucho” (el centenario de la batalla de Ayacucho de 1924). El texto, que se publica en numerosos periódicos y revistas culturales y políticas de todo el continente —por ejemplo, en el diario *Crítica* de Buenos Aires— decía lo siguiente:

Mis queridos hermanos:

Accediendo al gentil del grupo Renovación, de Buenos Aires, me dirijo con el corazón henchido de alegría a todos los latinoamericanos, en esta hora gloriosa en que celebran el centenario del hecho de armas que selló su independencia de un yugo extranjero. [...] El heroico pueblo marroquí lucha con los mismos ideales que impulsaron a Miranda y a Moreno, a Bolívar y a San Martín. Siempre hemos amado y admirado a esos héroes de vuestros pueblos. [...] La sangre española que corre en vuestras venas es sangre árabe, como la de todos los españoles del sur de la península que salieron de Palos, de Cádiz, de Sevilla, para sembrar en vuestra América el alma árabe que resucitó en los gauchos y en los llaneros (Abd-el-Krim 1925).

De modo que aquí reencontramos la antigua asociación sarmientina entre moros y gauchos, solo que ahora anudada sobre bases étnicas y de sangre, y además presentada en términos virtuosos (como una identidad sustentada en un fondo histórico-mítico que podía ser reactivada en el presente).

Para concluir, quiero añadir una perspectiva sobre uno de los efectos de las analogías establecidas desde América Latina con los marroquíes y con otros pueblos del “Oriente”. Uno de los más entusiastas receptores del mensaje de Abd-el-Krim fue el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Líder del proceso de la Reforma Universitaria en el Perú, será fundador y máximo dirigente del aprismo peruano, uno de los primeros movimientos

habitualmente filiados en la tradición nacional-popular o populista del continente. Pero a mediados de la década el APRA apenas se estaba conformando, y no estaba integrado más que por unos pocos núcleos de estudiantes. En ese contexto, Haya de la Torre no solo dará a la rebelión del Rif las muestras de simpatía y solidaridad que fueron frecuentes en la opinión pública continental, sino que procurará extraer lecciones prácticas para replicar en la organización política que acababa de crear. Al líder peruano le impresionaba el modo en que la retórica nacionalista de Abd-el-Krim lograba galvanizar a su pueblo. Según escribía en un artículo dedicado a ensalzar a la República del Rif, su éxito se debía a que “las inmensas mayorías buscan los vínculos tradicionales, hurgan en los entusiasmos lejanos y se unen. Es el instinto de los débiles. Ese instinto [...] tendrá que dominar un día a los pueblos de nuestra América” (Haya de la Torre 1924). Un par de años después era el Kuo-Min-Tang chino el que llamaba la atención de Haya de la Torre por su capacidad de construir un movimiento nacionalista popular y de masas. A tal punto llegó esa admiración, que en numerosos ensayos y referencias del período el líder peruano presenta públicamente al APRA como el “Kuo-Min-Tang latinoamericano”.<sup>7</sup>

De esa singular apropiación de Haya de la Torre, cabe extraer una función adicional de peso que la cultura política latinoamericana debe al Oriente y a las rebeliones populares norafricanas. El caso de ese período embrionario del APRA muestra que la tradición populista latinoamericana no es un producto tan idiosincrático y típico del continente como habitualmente se cree, sino que en sus orígenes recibió el influjo de poderosos estímulos de la esfera global de circulaciones de modelos y referencias que tuvieron lugar en los años posteriores a la Primera Guerra Mundial. Lo que me interesa subrayar es que en última instancia el populismo latinoamericano es también deudor, al menos en algún grado, de fenómenos que se dieron en el Norte de África y en diferentes regiones asiáticas<sup>8</sup>.

---

7 Por ejemplo en Víctor Raúl Haya de la Torre, “Mensaje a la juventud de La Plata”, Oxford, 22 de febrero de 1927, reproducido en Luis Heysen (1977: 39).

8 Desarrollé esa perspectiva en Martín Bergel, “The Chinese Mirror. Haya de la Torre, Kuo-Min-Tang and the Global Origins of Latin-American Populism”, texto presentado en el Coloquio Internacional “Latinoamérica y la Historia Global”, Fundação Getulio Vargas, Río de Janeiro, 2016.

## V

En este texto intenté mostrar tres fenómenos culturales de diverso orden en los que desde América Latina se tejen relaciones intensas con países o sociedades del Norte de África: la Argelia como laboratorio para el avance de la civilización sobre la barbarie en el caso de Sarmiento, las noticias norafricanas y del Oriente como dispositivos que impulsan el afianzamiento de una prensa moderna de cariz informativo, y la recepción positiva de la Revuelta del Rif y sus posteriores apropiaciones desde imaginarios nacional-populares. En el recorrido a través de esas tres estaciones se percibe una parábola en la cual vemos emerger los primeros trazos de un imaginario prototercermundista en América Latina.

### Bibliografía:

- ABD-EL-KRIM (1925): “Abd-el-Krim se dirige a los pueblos de América”. En: *Crítica* (Buenos Aires), 5 de enero de 1925.
- ADAS, Michael (2004): “Contested Hegemony: The Great War and the Afro-Asian Assault on the Civilizing Mission Ideology”. En: *Journal of World History* 15, 1, pp. 31-63.
- ALTAMIRANO, Carlos (1997): “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”. En Altamirano, Carlos/Sarlo, Beatriz (eds.): *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, pp. 83-102.
- ASTURIAS, Miguel Ángel (1925): “José Ingenieros, su obra, sus opiniones y su personalidad”. En: *Repertorio Americano* 12, 30 de noviembre de 1925, pp. 1-3.
- AZOURGAH, Abdeslam (1998): “Martí orientalista”. En: *Casa de las Américas* 38, 210, pp. 12-20.
- BECHER, Emilio (1938): *Diálogo de las sombras y otras páginas*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- BERGEL, Martín (2015): *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina*. Bernal: Universidad de Quilmes.
- (2017): “Modernización de la prensa y nuevas imágenes del ‘Oriente’. Una aproximación al problema de la emergencia de una opinión pública sobre temas globales (Buenos Aires, 1880-1914)”. En: De Torres, Inés (ed.): *Territorios en disputa: prensa, literatura y política en la modernidad rioplatense*. Montevideo: UDELAR, pp. 195-218.
- CAIMARI, Lila (2015): “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino”. En: *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia y la tecnología* 21, 40, pp. 125-146.
- (2016): “News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable”. En: *Hispanic American Historical Review* 96, 4, pp. 607-640.
- CIVANTOS, Cristina (2013): “Orientalism *Criollo* Style: Sarmiento’s ‘Orient’ and the Formation of an Argentine Identity”. En: Camayd-Freixas, Erik (ed.): *Orientalism & Identity*

- in Latin America. Fashioning Self and Other from the (Post)Colonial Margin*. Tucson: University of Arizona Press, pp. 44-61.
- DJBILOU, Abdellah (1986) (ed.): *Diwan Modernista. Una visión de Oriente*. Madrid: Taurus.
- FRITZSCHE, Peter ([1996] 2008): *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. Traducción de Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GASQUET, Axel (2007): *Oriente al Sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*. Buenos Aires: EUDEBA.
- GOEBEL, Michael (2015): *Anti-Imperial Metropolis. Interwar Paris and the Seeds of Third World Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- GOLDGEL, Víctor (2013): *Cuando lo nuevo descubrió América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GOYTISOLO, Juan (1999): “Viajes de Sarmiento. España, Argelia y la Pampa”. En: *id.: Cogitus Interruptus*. Barcelona: Seix Barral.
- HAYA DE LA TORRE, Víctor Raúl (1924): “¡Ritorna Vincitore!”. En: *Córdoba* 46, p. 1.
- HEYSEN, Luis (1977): *Temas y obras del Perú. A la verdad por los hechos*. Lima: Enrique Bracamonte.
- MANELA, Erez (2007): *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*. Oxford: Oxford University Press.
- NERVO, Amado (1986): “La conferencia de Algeciras”. En: Djbilou, Abdellah (ed.): *Diwan Modernista*. Madrid: Taurus, pp. 238-240.
- PALTI, Elías (2003): “Los diarios y el sistema político mexicano en tiempos de la República Restaurada (1867-1876)”. En: Alonso, Paula (comp.): *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. Buenos Aires: FCE, pp. 167-181.
- PIGLIA, Ricardo (1980): “Notas sobre *Facundo*”. En: *Punto de Vista* 8, pp. 15-18.
- PRIETO, Adolfo (1988): *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.
- QUESADA, Ernesto ([1882] 1893): “El movimiento intelectual argentino”. En: *id.: Reseñas y críticas*. Buenos Aires: Félix Lajouane, pp. 119-141.
- RAMOS, Julio (1989): *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: FCE.
- SARMIENTO, Domingo Faustino ([1849-1851] 1996): *Viajes*. Editado por Javier Fernández. Madrid: FCE.
- TERÁN, Oscar (1986): *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos.